



SERGIO MELO Y LA POBLACIÓN LA FERIA SUR:

"FUE COMO ARMAR UN ROMPECABEZAS"

El actual consejero permanente, ex presidente de la CChC y miembro del grupo Alerce recuerda cómo fue su comienzo en el terreno de la construcción, cuando con apenas 23 años tuvo que asumir la tremenda labor de dirigir a mil trabajadores en una obra de viviendas sociales.

Por Rebeca Gutiérrez • Foto Viviana Peláez

Era diciembre de 1954 y el joven Sergio Melo San Juan egresaba como ingeniero de la Universidad de Chile. Durante los primeros meses del año siguiente se dedicó a terminar su memoria de título, y si bien sus estudios lo especializaron como calculista, su primer trabajo fue definitivo porque se quedó para siempre en el ámbito de la construcción.

La empresa constructora Desco en ese tiempo tenía una filial llamada Cedesco, que estaba encargada de un proyecto de mil viviendas sociales del Ministerio de Vivienda. Y fue este recién egresado de 23 años quien asumió el cargo de ingeniero jefe de las obras de la población La Feria ubicada en la comuna de San Miguel de ese tiempo pero que ahora es Pedro Aguirre Cerda. Se trataba de un sistema de construcción único y totalmente moderno para el Chile de 1955, ya que las casas se construían por partes en una fábrica en Estación Central. Eran paneles de unos cuatro metros de largo por dos de alto que traían incorporados los marcos de las puertas y de las ventanas, así como los conductos de electricidad, las cañerías de agua, de gas licuado, etc. Incluso los techos, que tenían una capa de impermeabilización para que no se llovieran. De modo que su labor en esta obra era relativamente simple: preparar el terreno y hacer las fundaciones. "Cuando tenía lista la fundación y el radier de concreto, uno avisaba a la fábrica y venía un camión con paneles y una grúa que se quedaba en el terreno, que los iba montando en el lugar. Era igual que armar un rompecabezas", explica.

La siguiente etapa era la llegada de más trabajadores: los que sabían cómo conectar un panel con otro, los maestros encargados de todas las terminaciones como poner el piso, las puertas y ventanas sobre los marcos



y todas las instalaciones de agua y luz. Y, por último, quienes las pintaban. Este sistema permitía la construcción completa de una casa en un plazo no mayor de una semana; sin embargo, se les presentó un problema al ver que estos paneles estaban tan bien terminados, eran tan lisos, que la pintura no se adhería. "Cuando se pinta el hormigón por lo general está áspero, pero éste era tan fino que no se pegaba. Al día siguiente se caía la pintura, era una tragedia". Finalmente lo

solucionaron tratándolos con una especie de pre pintura con cierto ácido que quemaba un poco las superficies, y se buscó una pintura que pegara bien. "Fue un susto hartito grande porque se nos atrasó la obra como un mes", recuerda Sergio.

Otra prueba grande para este novato fue el período en el que llegaron a haber mil trabajadores en la obra. Como la meta eran las mil casas, a medida que avanzaban las excavaciones llegaban más personas a terreno, y la pla-

nilla que partió con cien trabajadores al cabo de tres meses llegó a mil. Un cambio fuerte para Sergio, que antes de este primer trabajo había hecho prácticas en algunas construcciones donde 80 obreros era lo máximo. “Yo diría que fue una especie de bautismo de fuego. Generalmente uno entra a una obra sencilla y va subiendo, pero yo entré altiro a una obra complicadísima, fue bien fuerte”. Y por esto mismo, los días de pago se convirtieron en un evento: “Me acuerdo que se pagaba los sábados, entonces cuando se juntaban esos mil gallos afuera había que tener listos los sobres lo más rápido posible porque si no empezaban a ponerse nerviosos”. Tanto el administrador como él sufrían, y recuerda que hasta le tocaba llenar los sobres de

dinero, pero positivamente destaca que algo de gestión y contabilidad de pagos aprendió. “Antes, a la salida, ese día los trabajadores hacían cola por un pasillo donde también estaban las señoras para que les pasaran la plata antes de que se fueran y los acreedores, o sea gallos que les habían prestado plata. Entonces teníamos que conseguir carabineros para que sacaran a la gente por lo menos a una cuadra”, recuerda entre risas.

Si bien la obra se concretó en marzo de 1957, a mediados del 56 las autoridades decidieron inaugurarla. En ese tiempo gobernaba el presidente Carlos Ibáñez del Campo pero sólo pudo asistir su esposa y el ministro. Se dieron discursos, se cortó la cinta y después de la ceremonia oficial

se continuó festejando con los mil trabajadores, que estaban divididos en catorce cuadrillas. A él, como ingeniero jefe, le tocó organizar y participar de todo. “Tuve que decir unas palabras, comerme una empanada y tomarme un vaso de vino tinto con ellos. Pero yo sólo recuerdo hasta la tercera cuadrilla. Los presentes dicen que yo recorrí las catorce, que con todos hablé, con todos brindé, con todos me comí una empanada. Y que incluso había un campeonato del palo encebado: también participé y salí segundo”. Dos amigos de la empresa lo llevaron a su casa, donde finalmente recuperó la conciencia. “En abril de ese año recién me había casado... ¡Imagínense cómo me recibió mi señora!” **EC**

